

AZORIN: CARA Y CRUZ DE SU CENTENARIO

Por José María Martínez Cachero

ALGUIEN ha hablado de la existencia de tres posibles tipos de centenario (1), a saber: centenario del *Fuego* —«del entusiasmo, del fervor»—; centenario del *Viento* —«crítica, reacción, cambio de culto»—; centenario del *Hielo* —«fría y académica obligación oficial»—. Y bien, ¿cómo ha sido el reciente centenario de Azorín?, ¿en cuál de esas tres modalidades podemos, a la vista de lo ocurrido en 1973, encasillarlo? Difícil la contestación ya que —anticipando acontecimientos— ha habido de todo, es decir: Academia (la de la Lengua, con su sesión de homenaje) y oficialidad (el ciclo de conferencias del Ateneo de Madrid), pero ni fría, ni obligada resultó ninguna de ambas recordaciones. Entusiasmo y fervor hubo, abundante y destacadamente, en estos meses de centenario; presidiendo tales direcciones del ánimo y de la crítica debe citarse el nombre de Pedro de Lorenzo, que fue acá y allá de nuestra patria como pregonero de Azorín. Finalmente, hubo también algo de juicio desfavorable, de reacción en contra, de abandono de un culto y comparación con otros cultos —Baroja o Valle-Inclán, dentro de la misma generación del 98—; por lo mismo pudiera hablarse de centenario del viento.

DOS EVIDENCIAS PREVIAS.

Consideremos ahora dos evidencias que, de algún modo, peculiarizan el Centenario de Azorín; son las siguientes: 1.^a), viene a celebrarse sólo *seis años después de su fallecimiento* —2 de marzo de 1967—; 2.^a), 1973, año del mismo, es, junto con otros años anteriores y con alguno

(1) Angel Valbuena Prat, *Espronceda: la vida del poeta*. («Sí», suplemento semanal de «Arriba», Madrid, n.º 21: 24-V-1942, p. 8).

por venir, integrante de lo que cabe denominar el *Centenario de la generación del 98*.

Faltó muy poco para que Azorín celebrase en vida el primer centenario de su nacimiento, tal como lo celebró don Manuel Gómez Moreno o, casi, don Ramón Menéndez Pidal, noventayochistas ambos. No fue así, y todos recordamos la nutrida serie de elogios necrológicos que se produjo en la prensa diaria, en las publicaciones periódicas literarias y culturales, en medios de información como la radio o la televisión (2).

Mas en coro tan unánime no faltaron voces discrepantes, como la del profesor español en U. S. A., Carlos Blanco Aguinaga, quien acusaría a Azorín de mistificador de nuestros clásicos por haber ofrecido de los mismos versiones engañosas, no coincidentes con la realidad; versiones, además, enormemente peligrosas por cuanto se difundieron largamente entre lectores de Azorín que acaso nunca lo serían, directamente, de tales autores (3). O como la del médico compostelano Domingo García Sabell (4), para quien —haciendo la mezcla, siempre tan explosiva, de política y literatura— Azorín ha sido ejemplo de:

«un gran escritor absolutamente y pésimamente distraído. Distraído en el peor sentido de la palabra, en el de no querer enterarse, en el de no querer entrar en situación. Constantemente marginal a las causas auténticas y tenazmente embarcado en las causas estúpidas. Compadre de malos compadrazgos. Abstraído. Llenando cuartillas con un arte prodigioso e imaginando que ese quehacer le daba derecho al no va más de la irresponsabilidad y la versatilidad.»

No nos extrañe, aunque nos desagrade. Es que nuestro escritor ha entrado ya en la fama póstuma y dentro de ella se produce —casi siempre en un primer momento— lo que ha dado en llamarse el «purgatorio». Sí, Azorín en el purgatorio, sometida su obra, él mismo, a una cruel labor de purificación, atizada por sus propios contemporáneos y cuando el interesado no puede ya acudir a defenderse.

(2) Vid. el n.º 112 (abril 1967) de la revista «El libro español» (Madrid, I. N. L. E.), con un centenar de páginas dedicadas a recoger parte de lo que se dijo aquellos días en la prensa española.

(3) *Escepticismo, paisajismo y los clásicos: «Azorín» o la mistificación de la realidad.* («Insula», Madrid, n.º 247: VI-1967; pp. 3 y 5).

(4) *Azorín en el purgatorio.* («Insula», Madrid, n.º 250: IX-1967; páginas 1 y 16).

Generación del 98 es una criatura literaria inventada y caracterizada por Azorín en unos célebres y muy citados artículos de 1913 en el diario madrileño ABC; tal invención, pese a negadores y contradictores, ha tenido fortuna: se ha impuesto. He escrito poco antes que desde hace unos cuantos años, y en los que todavía vendrán, estamos asistiendo —y celebrando— al centenario de esa criatura azoriniana. Recordemos que en 1864 nació Unamuno; en 1866, Valle-Inclán y Francisco Grandmontagne; en 1872, Pío Baroja y Luis Bello; en 1873, Azorín, Manuel Ciges Aparicio y José María Salaverría; en 1874, Ramiro de Maeztu y Manuel Bueno; y en 1875, Antonio Machado. En resumen: ocho celebraciones ya pasadas; dos en curso; otra que se anuncia para el próximo año. Entre 1864 —Unamuno— y 1875 —Antonio Machado— quedan todos los del 98 —mayores y menores; añadamos: 1869, Menéndez Pidal y 1870, Gómez Moreno; son esos doce años, los del centenario de la generación del 98 (5).

¿Qué han aportado, qué nos han enseñado tales centenarios? Dejando aparte la crónica puntual de los mismos —¿quién se ha acordado, por ejemplo, de escritor tan culto y excelente como lo fue Luis Bello (6)—, lo cierto es que con ellos se han marcado muy claramente preferencias y rechazos, el gusto, en suma, de hoy mismo. Ha ocurrido, vgr., el descubrimiento de Valle-Inclán, sobre todo del autor teatral para quien su época se había mostrado tan indiferente. La conmemoración de Baroja ha dado muchos escritos de vario tipo y categoría, desde los artículos de prensa hasta los trabajos de revista y los libros. Se vivió un fervor barojiano intenso y la calidad novelística de don Pío fue, una vez más, dicha y redicha: Cervantes, Galdós, él, formando la gran triada en la historia de la novela española. Salaverría se ha quedado en conmemoración un poco para sus paisanos de San Sebastián (aunque nació en Vinaroz) y, otro poco, en recordatorio para el ABC de Madrid, que tantos años le contó como colaborador muy asiduo. Ciges ha sido otro olvidado

(5) En 1974 cumple cien años el poeta Manuel Machado, quien, al igual que Arniches y Benavente (nacidos ambos en 1866), no corresponde a la mentalidad más privativa del noventayochismo.

(6) Sé de dos breves recordaciones periodísticas: la de Juan Sampey, *Un centenario literario madrileño: el de Luis Bello* (ABC, Madrid, 15-II-1972); la que firma José Esteban, *Un centenario olvidado: Luis Bello* («Triunfo», Madrid, n.º 515: 12-VIII-1972; pp. 43.44).

en su centenario (7); puede que para algunos siga siendo el gobernador del Frente Popular fusilado en Avila a poco de estallar la guerra civil española, y nada más. Tal como, para otros, Maeztu y Bueno —dos fusilados en la zona republicana— no van a contar en el año de su centenario. ¡Qué torpe y triste juego español de colores, rojos y azules!

No se trata ahora de la reacción frente a tal o cual noventayochista, sino de que la misma generación del 98 ha sido objeto de frecuente y distinto maltrato. En los oscuros y difíciles años 40 recibió múltiples y malintencionados ataques por creerla algunos —y quererla— culpable de cuanto mal había caído sobre España; los dos supervivientes de la misma en la postguerra —Baroja y Azorín— tuvieron en esos años mucho y desagradable que oír y leer (8). Pero a raíz del valioso y valiente libro de Laín Entralgo (9) las cosas fueron cambiando. Mas al presente suele ser en la opuesta bandería ideológica donde están colocados los hostiles a la generación, quienes, pasando por alto la condición de egregios escritores y de esforzados patriotas de sus integrantes, acostumbran a culparles por no haber sido hombres de acción y de facción política muy concretas y por haberse refugiado en el ensueño o en la intrahistoria (Antonio Machado, que murió en el exilio, queda a salvo de semejante arremetida).

Es en este clima tan poco propicio a reconocer sus derechos a la estética —a la pura obra de arte bien hecha— donde se inserta la ocasión conmemorativa de Azorín.

LOS ESTUDIOS AZORINIANOS DE JOSÉ MARÍA VALVERDE (1971-1972).

La antesala bibliográfica o preparación para el Centenario de Azorín la constituyen dos publicaciones debidas a J. M.^a Valverde, el poeta y profesor actualmente docente en universidad extranjera; se trata de su

(7) Sólo he visto un recordatorio: el de José Esteban (quien prepara un libro sobre Ciges). *Ciges Aparicio. Un realismo militante* («Triunfo», Madrid, n.º 588: 5-I-1974; pp. 36-37).

(8) En las pp. 66-69 y 130-131 de mi libro *La novela española entre 1939 y 1969. Historia de una aventura* (Madrid, Castalia, 1973) ofrezco significativos pormenores a este respecto.

(9) *La generación del noventa y ocho*. (Madrid, Editora Nacional, 1945).

libro total sobre Azorín y de la selección de *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz (1894-1904)* (10).

La crítica que conozco, procedente de muy diversas publicaciones periódicas, ha sido favorable para el libro de Valverde citado en primer lugar; hasta hubo quien escribió (11) que se trataba de una excelente preparación para el centenario, el cual ya iba bien servido (caso de que no se publicaran otros títulos importantes) con la madrugadora aparición de esta obra. Valverde se ha documentado largamente, ha visto, por ejemplo, periódicos en los que ya J. Martínez Ruiz, ya «Azorín» colaboró con artículos aún no recogidos en volumen —primeros artículos, o artículos de los primeros tiempos de la Segunda República Española—. Ha insistido muy especialmente Valverde en el estudio del pre-«Azorín». Ha hecho Valverde sugerentes indicaciones acerca de la formación del peculiar estilo azoriniano, señalando líneas de procedencia y autores que, posiblemente, cumplieron una labor ayudadora y magistral. Ha mezclado Valverde vida y obra, lo cual sin duda ofrece una mayor sensación de continuidad pero también es cierto que a veces, como era inevitable, ha debido detener el curso de la narración vital para dedicar algunos capítulos al estudio pormenorizado de ciertos títulos del escritor —pongamos como ejemplo el caso de los capítulos 12 y 13 (para *La voluntad*), o del 14 (para *Antonio Azorín*), o del 15 (para *Las confesiones de un pequeño filósofo*)—.

Pero el documentado Valverde, el perspicaz Valverde no siempre acierta. Así, a mi ver, en: A), la incomprensión respecto a la novelística azoriniana, acaso porque el crítico quiere atenerse, sin más, a una normativa tradicional —el canon del realismo-naturalismo— y no se da cuenta de que fuera de aquélla, fuera del mismo, puede haber otras posibilidades para el género narrativo, posibilidades que Azorín inventa o acepta —pongamos sus novelas de la que he llamado en otra ocasión etapa superrealista: desde 1928, con *Félix Vargas* o *El caballero inactual* hasta 1930, con *Pueblo*, pasando por *Superrealismo* o *El libro de Levante*, 1929—. // B), Valverde parece se niega a admirar el encanto de tantas

(10) Azorín (Barcelona, Planeta, colección «Ensayos», 1971). // Narcea. Madrid, publicó en 1972 (serie «Bitácora», n.º 27) los *Artículos olvidados*...

(11) Dámaso Santos en la colaboración semanal «La música de las letras», que distribuye la agencia Pyresa.

páginas azorinianas como alejadas de este mundo o descomprometidas, mas no por ello carentes de valor e interés. Muy revelador al respecto resulta el párrafo dedicado por Valverde a comentar el discurso de ingreso de Azorín en la Real Academia Española de la Lengua, *Una hora de España*, 1924; escribe así (página 345):

«Si lo comparamos con *El alma castellana*, como su más evidente paralelo, sentimos cierta decepción; todo el trato de Azorín con la época áurea española se ha reducido aquí a estampas de visión estática, sin relieve histórico y sin aquella intención crítica que servía de nexo entre pasado y presente. Ahora todo se ha vuelto ejercicio inocuo, apropiado para una ocasión áulica, pero pálido e íntimamente aburrido.»

El alma castellana se publicó por José Martínez Ruiz en 1900 y es una muestra del ardor erudito que por entonces le poseía; lector infatigable, conocedor de muchos y raros libros, ofrece una visión combativa, acusadora de la España que va de 1600 a 1800 (según se señala a continuación del título). Salen a plaza unos cuantos aspectos —la Hacienda, la casa, la mujer, la moda, la vida literaria, etc.—; el autor indica al final de cada capítulo algunas fuentes de información. En cuanto al estilo advertimos un anuncio, pero sólo un anuncio, del posterior y más característico estilo suyo. Es la «intención crítica» lo que encanta a Valverde en este libro nada más que primerizo.

Años más tarde, con el paso y el peso del tiempo, para ingresar en la Academia nuestro escritor, que ahora es «Azorín», vuelve sobre su pasado literario y el pasado de España y ofrece una visión de su patria, limitada aquí al siglo XVI. A la actitud combativa y denunciadora ha sustituido en su ánimo la actitud de simpatía y comprensión:

«Hemos puesto en nuestro ensueño un poco de efusión y de amor. No pueden ser comprendidas las épocas pasadas sin ese poco de sincera simpatía (...). Con profunda cordialidad hemos mariposeado sobre esos hombres y esas cosas.» (12)

(12) Azorín, *Una hora de España. (Entre 1560 y 1590)*, cap. XLI; página 576 y p. 577, tomo IV de O. C. (Madrid, Aguilar, 1948).

«Casi siempre (he escrito en otra parte), estampas quietas, cuadros estáticos; con escasa anécdota; con escaso bulto de protagonistas; envuelto el conjunto en una luz velada, como indirecta, suave y otoñal, melancólica y de crepúsculo. Más que hablar, se susurra; más que decir, se insinúa. Un halo de misterio sin estridencia alguna nos reclama seductoramente.» La expresión, sin titubeos, madura y maestra, sirve eficazmente a la substancia del contenido. // C), para hacerse cargo de los intereses predominantes en Valverde basta con atender al capítulo 22 de su libro; en el mismo corresponde hablar de los años que van de 1922 —publicación de la novela *Don Juan*— a 1930 —estreno de *Angelita*—. Poco es lo que se dice, poco y a veces nada comprensivo y atinado (caso del discurso académico), de obras como las novelas de este tiempo; tampoco la incursión, tan disputada, de Azorín en el teatro va a encontrar en estas páginas el debido comentario junto a la pertinente noticia. Pero en el capítulo hay otros apartados que merecen más atención de parte de Valverde, he aquí sus títulos: «La Dictadura. Azorín, entre Primo de Rivera y Unamuno» y «Nuevo inconformismo», con un total de 7 páginas sobre 15 que tiene el capítulo.

Es claro que cada cual puede hacer de su capa un sayo, pero cabe preguntarse hasta qué punto resulta fiel a la realidad del autor tratado este libro de Valverde, importante libro sin embargo.

La otra publicación anticipo del centenario hecha por el mismo Valverde es una selección de páginas firmadas por J. Martínez Ruiz y publicadas en periódicos de la época (1894 a 1904), tanto de Valencia como de Madrid y, casi totalmente, no recogidas hasta ahora en volumen. Martínez Ruiz es en ellas un anarquista sin medida y un noventayochista improporante; se trata de una cara insólita (insólita si nos atenemos a lo que vendrá después y se impondrá como imagen típica y tópica de nuestro autor) y evidente, la cual debe ser conocida. Documenta un período y muestra un escritor, periodista sobre todo, que todavía no ha encontrado su camino y en el que pueden advertirse no pocas influencias de colegas contemporáneos como el «Clarín» de los *Paliques*, o Luis Bonafoux, o «Fray Candil». Leídos hoy tales trabajos se echa de ver la discrepancia de su autor con el ambiente de mentira que privaba a la sazón en España; también, una rabiosa valentía al denunciarlo y, estéticamente, una escritura vacilante, apuntando algunas veces rasgos llamados a hacerse peculiares con el paso del tiempo.

CRONICA INCOMPLETA DEL CENTENARIO: 1973.

En el título de este trabajo he colocado deliberadamente la pareja de opuestos «Cara/Cruz», habida cuenta de que en la conmemoración azoriniana de 1973 hubo de lo uno y de lo otro. Como no es cosa de hacer aquí una puntual crónica bibliográfica ofreceré algunas piezas correspondientes a ambos miembros, significativas de actitudes harto distintas.

Se dieron en ese tiempo numerosos CONFERENCIAS acerca de la vida y de la obra de Azorín, tanto en España (no sólo en la provincia o en el reino natal del escritor de Monóvar) como en el extranjero, a cargo de especialistas en el tema o de fervorosos admiradores (13). La culminación de este capítulo acaso esté en el homenaje de la Real Academia Española de la Lengua a uno de sus miembros (homenaje que viene siendo de ritual), celebrado el primer domingo de diciembre y en el que tomaron parte Guillermo Díaz-Plaja, Julián Marías —quien dijo: «No puedo comprender que se desdeñen los últimos treinta años de Azorín»—, Pedro Laín Entralgo —para quien Azorín, «con su obra ha mejorado nuestra calidad de escritores»— y el marqués de Luca de Tena —que consideró a Azorín, ante todo, como un estilista, «que dejó en las páginas de los periódicos lo mejor de su producción literaria»—; pero también pudiera estar en la conferencia de otro académico, Dámaso Alonso, en la Fundación Universitaria Española, *Reconocimiento a Azorín* (1-XII) —sentida y documentada recapitulación de la deuda personal y española a Azorín, descriptor impresionista o comentador de nuestros clásicos, vgr.— (14); o, igualmente, en el ciclo del Ateneo madrileño, desde noviembre de 1973 (Pedro de Lorenzo) a enero de 1974 (José María Alfaro) (15).

(13) Las cinco del ciclo organizado por el Instituto de Estudios Giennenses, cuyo texto se recoge en el presente número de su «Boletín», celebradas ya en fechas de 1974, constituyen el remate o cierre del centenario azoriniano en su capítulo de «Conferencias».

(14) En la Fundación Universitaria Española, Madrid, pronunció otra conferencia conmemorativa Luis Felipe Vivanco, *Azorín en silueta* (26-XI).

(15) El ciclo se celebró en el Palacio de Congresos y Exposiciones. Intervinieron: Pedro de Lorenzo, *Azorín, el artista y el estilo* (22-XI); Gaspar Gómez de la Serna, *Itinerario español de Azorín*; Jaime Salom, *Azorín, hombre de teatro*; Antonio Valencia, *El periodista Azorín*; Carlos Luis Álvarez, *Azorín ante el cine*; Joaquín Aguirre Bellver, *Azorín, cronista parlamentario*; Miguel Pérez Ferrero, *La generación del 98 y el maestro Azorín*; Jaime Delgado, *Azorín y América*; y José María Alfaro, *El político Martínez Ruiz y el político Azorín* (17-I-1974).

Me parece de justicia poner el acento en un nombre, el de Pedro de Lorenzo, azoriniano de pro, quien ha recorrido en 1973 bastantes lugares de España para recordar y proclamar la buena nueva de Azorín. El propuso en Monóvar, primero (mes de marzo) y en Madrid, después (8 de junio), una conmemoración «viva e inteligente», «no apologética a ultranza», «crítica», sí, mas sin que esto suponga, ya de entrada, el hacer con Azorín, con su obra, un auto de fe. Fue, asimismo, Pedro de Lorenzo quien formuló el lema de la conmemoración haciendo hincapié en el españolismo nunca desmentido del escritor homenajeado: «Azorín, por quien España es más España».

Hubo, también, multitud de ARTICULOS —ocasionales, los más; algunos de ellos con su pequeño interés porque o bien ofrecían un pormenor inédito (16), o bien apuntaban una sugerencia válida—; y varios homenajes en forma de números monográficos (o casi) de publicaciones periódicas: «La Estafeta Literaria» (n.º 517: 1 de junio), el dominical de ABC (correspondiente al 3 de junio), el suplemento «INFORMACIONES de las artes y de las letras» (n.º 257: 7 de junio). Académicos o firmas de relieve en los dos primeros casos; críticos y ensayistas más jóvenes, en el último. Rendida entrega admirativa en los unos; reservas, distinguos, reparos en los otros. ¿Quiere esto decir que —como escribe Rafael Conte (17)— «las nuevas generaciones se han alejado de su obra»? (18).

Hubo, igualmente, REPRESENTACIONES TEATRALES, sobre todo de las breves piezas que integran la trilogía *Lo invisible*, acaso lo más conocido y entrañablemente misterioso del teatro azoriniano. Y recorrieron buena parte de España dos curiosas misceláneas o «collages», a saber: la del Grupo de Teatro Contemporáneo, dirigido por Rafael Cores, titulada *Azorín y su teatro*; la del Pequeño Teatro de Madrid,

(16) José Alfonso, bien conocido en la bibliografía «sobre» Azorín —libros, artículos y conferencias— llegó a publicar en esta conmemoración hasta unos 27 artículos: en ABC, en diarios valencianos, distribuidos por la agencia Pyresa, en algún otro lugar.

(17) Artículo *Las ventajas del purgatorio. Azorín, cien años después* (p. 2, n.º 257 del suplemento «INFORMACIONES de las artes y de las letras»).

(18) Podríamos añadir los homenajes parciales (en cuanto a número de páginas dedicadas en la respectiva entrega de la publicación) de «Mundo Hispánico» (Madrid, n.º 304: VII-1973), «Peña Labra» (Santander, n.º 9: otoño de 1973) y «Letras de Deusto» (Universidad de Deusto, Facultad de Filosofía y Letras, n.º 6).

dirigido por Antonio Guirau, titulada *Azorín: de la protesta al silencio*, en la que un payaso y otros personajes hablan de Azorín y recitan textos suyos y de colegas que de él se ocuparon (19).

1973 fue el año en que se estrenó —Madrid, 21 de febrero, cine Palafox— la «VERSION CINEMATOGRAFICA DE «LA GUERRILLA», pieza dramático azoriniana; la dirigió Rafael Gil, sobre guión de Rafael J. Salvia y Bernard Revon y la protagonizaron Francisco Rabal, Jacques Destoop, «La Pocha», Rafael Alonso y Fernando Sancho. «Magnífica y atractiva película», al decir de Lorenzo López Sancho en ABC (n.º del 22-II).

La conmemoración centenaria produjo varios libros, reeditados, algunos y otros, nuevos. Entre los primeros cuentan: las *Conversaciones con Azorín*, de Jorge Campos (Madrid, Taurus; su primera edición es de 1964) —Jorge Campos se avista con el silencioso y crepuscular escritor durante unas cuantas jornadas del año 1958, cuando su campo temático era más bien reducido, cuando releía más que leía; unos breves textos del propio Azorín, que éste había escrito al alba y entregaba horas después a Campos, completan el volumen—; y el *Azorín, íntimo*, de José Alfonso (Madrid, Editorial Cunillera; antes, La Nave) —José Alfonso, paisano y amigo de Azorín, su constante fervoroso, ofrece solamente anécdotas, sucedidos externos pero no llega a entrar (me pregunto si ello es posible con Azorín) en esa intimidad que el título de su libro anuncia—.

Seis títulos nuevos ha dado de sí la conmemoración centenaria, a saber: el compendioso *Maestro Azorín*, de Alejandro Fernández Pombo (Madrid, Doncel, Libro Joven de Bolsillo» n.º 46), recorrido biográfico en cuyo hilo se engarzan referencias a la literatura azoriniana; la «interpretación semántico-estilística», *Ciudades en Azorín*, de Vidal Lamiquiz, aplicada a páginas azorinianas relativas a León, Córdoba y Sevilla (Sevilla. Publicaciones de la Universalidad, n.º 18 de la serie Filosofía y Letras); la miscelánea *Sobre Azorín*, de Manuel Muñoz Cortés, que reúne

(19) Quiero señalar en este capítulo el trabajo del profesor cubano Matías Montes Huidobro, «Comedia del Arte» resucitada («Primer acto», Madrid, n.º 161; pp. 4-12), quien considera dicho título azoriniano como «una de las más efectivas creaciones dramáticas de los escritores del 98», merecedora de «una revalorización».

trabajos periodísticos y universitarios publicados o inéditos, dispersos y separados en cuanto al tiempo de su composición (Murcia, Universidad, Cuadernos del Departamento de Español); el revelador análisis de Blas Aznar, *Personalidad biológica de Azorín* (Universidad de Salamanca, ediciones del Instituto de Historia de la Medicina Española); otro libro sobre las novelas de Azorín: *The novelistic technique of Azorín*, de Kathleen M. Glenn (Madrid, colección Plaza Mayor Scholar), que se dedica particularmente al examen de *Antonio Azorín* y *Tomás Rueda* (parte I), de *Doña Inés* (parte II) y de *Salvadora de Olbena* (parte III); y, ya en días de febrero de 1974, la presentación y puesta a la venta de *Azorín, cien años* (Universidad de Sevilla, Colección de Bolsillo, n.º 22), volumen integrado por trabajos debidos a escritores, críticos y periodistas andaluces acerca de colega tan prestigioso.

Pienso que tiene aún más importancia el hecho de que algunos libros azorinianos hayan sido objeto de este escenario de ediciones dispuestas con el riguroso tratamiento que parece privativo de escritores clásicos, (podría recordarse a este respecto el concepto de *clásico futuro* que el mismo Azorín acuñó); se trata de ediciones destinadas, por las colecciones en que se integran, a servir de libro de estudio y comentario en las universidades españolas y extranjeras. En 1973 aparece en «Clásicos Castalia» (n.º 53, a cargo de Elena Catena) la novela *Doña Inés* —de 1925— y en «Textos Hispánicos Modernos» (n.º 21, a cargo de Juan Manuel Rozas) el libro de viajes y paisaje, *Castilla* —de 1912—. Sólida base documental y lúcida actitud crítica, no incompatible con un gustoso reconocimiento de la valía literaria del escritor editado, distinguen el trabajo de ambos profesores universitarios (20).

En este capítulo de ediciones han de incluirse otros dos volúmenes que, a manera de antología, recogen escritos diversos de Azorín: el preparado por Jesús Alonso Montero, *Rosalía de Castro y otros motivos gallegos*, quien reúne, prologa y anota artículos azorinianos relativos a personas y cosas de Galicia; el preparado por anónima persona (¿acaso José García Mercadal, como en anteriores ocasiones análogas de la misma editorial Destino?), *Cada cosa en su sitio* (n.º 432 de la colección «Ancora

(20) José M.ª Valverde prepara para «Clásicos Castalia» una edición de *Los pueblos* (1905). Yo mismo trabajo en una edición de la novela *Don Juan* (1922), con destino a la serie «Clásicos Castellanos» de Espasa-Calpe.

y Delfín»), que agrupa una treintena larga de cuentos azorinianos, no recogidos hasta ahora en las Obras Completas y pertenecientes a muy distintos años (1934, 1935, 1944 y 1946) (21).

Al recuento efectuado ha de añadirse como nuevo capítulo un par de *reuniones literarias* cuyo asunto era la vida y la obra de Azorín, celebradas ambas en la provincia natal del escritor. Fue la primera de ellas (mes de mayo) una asamblea en Monóvar de poetas, ensayistas y críticos alicantinos (se leyeron diecisiete comunicaciones), convocados por la sección de «Filología y Literatura» del Instituto de Estudios Alicantinos (22). Del 27 de agosto al 1 de setiembre se desarrollaron en Alicante y en otras localidades de esta provincia las tareas de un coloquio internacional acerca de Azorín (y de otros escritores alicantinos: Gabriel Miró y Miguel Hernández) organizado por la Asociación Europea de Profesores de Español (A. E. P. E.), con la ayuda del Instituto de Estudios Alicantinos, y en el cual fueron tratados diversos aspectos de su obra —por el profesor E. I. Fox, hispanista y prestigioso azoriniano—, su vinculación a Yecla —por el novelista José Luis Castillo Puche—, o su peculiar estilística —por Alberto Barrera Vidal, María Embeita y Domnita Dumitrescu—.

No resulta muy hacedero el indicar cuáles sean las líneas maestras de la conmemoración azoriniana en la parte que he denominado «Cara» (o aspecto favorable) porque hay entre lo ofrecido mucho de circunstancial y anecdótico, aunque el entusiasmo y el fervor estimulen tales recordaciones; y cuando entramos en los homenajes menos momentáneos y más llamados a tener validez y uso en el futuro sucede que cada pieza va como por su lado, de acuerdo con el objetivo propuesto y la índole del empeño. Con todo, y sin riesgo de equivocación grave, creo podría hablarse de una cuádruple estimación, a saber: a), estimación de *la sensibilidad azoriniana* como vía de acercamiento a los escritores de tiempos atrás; b), estimación de *la entrega azoriniana al oficio de escritor*; c), estimación del *patriotismo azoriniano*; d), estimación (que es casi unánime reconocimiento) de *la escritura de Azorín*, quien enseñó con su obra

(21) Debe lamentarse el hecho de que tales relatos se ofrezcan sin señalar publicación periódica y fecha en que aparecieron por vez primera.

(22) Se ha anunciado la publicación de un volumen conteniendo dichas comunicaciones, a cargo del Instituto de Estudios Alicantinos.

a escribir prosa castellana de cierto modo y su lección, inolvidable, está operando entre nosotros eficaz y soterradamente desde hace bastante tiempo (23).

Que haya quien discrepe en una conmemoración centenaria es, más que otra cosa, señal de que lo conmemorado posee virtualidad como para suscitar actitudes contrapuestas; cuando se discrepa con el oportuno conocimiento y la pertinente ponderación crítica se está haciendo una contribución válida. Este es el sentido que debiera darse a la «Cruz» (o aspecto desfavorable) del centenario azoriniano, si bien resulta claro que hubo quien se lanzó a improvisar palabras y actitudes negativas llevado por móviles escasamente literarios. Hemos, asimismo, de seleccionar aunque la cantidad de piezas existentes es aquí cuantitativamente reducida.

Si hemos convertido a Pedro de Lorenzo en adalid máximo de la causa azoriniana, acaso podríamos convertir al ingenioso y talentado periodista y narrador Francisco Umbral en su más relevante opositor. En una encuesta de tres preguntas que el dominical de ABC propuso a quince escritores (24), Umbral entre ellos, éste respondió constatando el fracaso de Azorín como prosista, al oponerse a dos casi tradicionales líneas estilísticas de la prosa española: la del barroquismo y la del realismo; ambas líneas no han muerto a pesar de Azorín y hoy se encuentran, según Umbral, vivas y actuantes. Umbral se equivoca porque no hemos de concebir el ámbito de nuestra prosa como un campo de batalla en el que, fatalmente, unos luchadores —determinadas tendencias— se imponen a otros, y los exterminan; ni Azorín hizo tal cosa respecto del realismo y del barroquismo ni, tampoco, éstos han de hacerlo pues el

(23) Diversos concursos literarios de tema azoriniano se convocaron a lo largo de 1973. De entre ellos destaca por su novedad y dotación (300.000 pesetas) el premio «Azorín» para novelas extensas inéditas, a cargo de la Diputación Provincial de Alicante, todavía no fallado cuando se redacta esta nota.

(24) El título de la encuesta, *Azorín y su obra*; las preguntas: 1), «¿Qué significación ha tenido y tiene Azorín en la literatura española?», 2), «¿Cuál es, a su juicio, la influencia que puede ejercer entre las nuevas generaciones?», 3), «¿Qué le ha interesado a usted, personalmente, de toda su obra literaria?»; los escritores preguntados: José Alfonso, Luis de Castresana, Pablo Corbalán, Jaime Delgado, P. Félix García, Manuel García Viñó, Francisco García Pavón, Miguel Pérez Ferrero, José Julio Perlado, Antonio Prieto, Vicente Ramos, Daniel Sueiro, Francisco Umbral, José Luis Vázquez Doderó y Juan Antonio de Zunzunégui.

exterminio no significa más que empobrecimiento. Azorín reaccionó en su día —y «con gran éxito» (Umbral)— contra un mal uso o abuso de fórmulas complicadas (digamos barrocas) o pedestres (digamos, realistas) y, en definitiva, reducidas a una cáscara inane; dejó, a cambio, una manera de hacer que persiste, soterrada y no literal o miméticamente, y ha resultado eficaz. En esto radica su victoria y su importancia, y yerra Umbral al decir que «ahora casi nadie escribe ya como Azorín ni con arreglo a su linealidad y depuración»; la procesión —o el influjo— va por dentro y resulta increíble que a Umbral haya podido pasársele semejante evidencia y, menos, deducir de hecho tan amañado que Azorín sea un escritor que «tiene poco futuro» (25).

En los locales de «La Estafeta Literaria» tuvo lugar un coloquio que versaba acerca de (en forma interrogativa) la *Vigencia de Azorín en el año de su centenario*, desglosado en cuatro preguntas (26), dirigido por Jacinto López Gorgé y mantenido por Carmen Conde, Juan Emilio Aragonés, José García Nieto, Pedro de Lorenzo y Francisco Umbral. Este, jugando al niño terrible, creo se descalifica ya de entrada cuando advierte que «Yo he decidido ser injusto con «Azorín», o cuando pone fin a su intervención y cierra el coloquio afirmando: «Creo que no le debo nada (a Azorín). Y, por tanto, no le debo ninguna gratitud. No me interesa»; entre ambos exabruptos va la argumentación de Umbral. Quien insiste en que Azorín no supone nada en la prosa castellana después de un primer momento de reacción y sorpresa —«Su prosa, en su momento, sin duda, supuso un choque y una depuración frente a la retórica, a la mala retórica de aquellos últimos tiempos. Hoy creo que todo aquello está superado»—; o explica, con no pequeña sagacidad, el empleo azoriniano del párrafo corto —«Creo que Azorín inventa el párra-

(25) Ninguna otra voz destemplada entre los encuestados por el dominical de ABC. Sueiro, García Viñó y Corbalán ven a Azorín no poco abandonado —ignorado, más bien— por los jóvenes y, consiguientemente, harto reducida su posible influencia; Vázquez Doderó, García Viñó y Corbalán ponen en cuarentena sus dotes de narrador, en tanto que Antonio Prieto cree debe recordarse a Azorín en nuestros días actuales de tan fuerte propensión experimentalista como creador de un tipo de novela objetiva.

(26) Las siguientes: 1), «¿Hasta qué punto sigue vigente Azorín? ¿No se le ha tenido un tanto olvidado?», 2), «¿Qué han supuesto su prosa y su ideario en la literatura española contemporánea?», 3), «¿Qué, su novela? ¿Qué, su teatro?», 4), «¿Qué enseñanzas podría obtener de su vida y obra — de su mundo literario— el escritor de hoy?».

fo corto porque tiene las ideas cortas»—; o incomprende su estatismo y su hacer algo de nada —«A mí me da la sensación constantemente de que no se le ocurre nada»—; para terminar considerando a Azorín como «un burócrata de la literatura». He aquí, ciertamente, una manera de manifestarse nada rigurosa ni ejemplar.

El periodista Emilio Salcedo, que fue hace años documentado y sereno relator de la existencia de Unamuno (27), contribuyó al centenario azoriniano con un artículo publicado en el semanario madrileño «Triunfo» (28). La base del mismo es una actitud política, comprometida, y no una actitud estética, limpiamente valoradora; aquélla termina haciéndose extensiva a la generación del 98. Con palabras del propio Salcedo —«(...) pensé, a veces, qué hubiera sido de su fama si Azorín en vez de volver a España se hubiese incorporado a la masa de exiliados de aquella hora (la final de nuestra guerra civil)»; cabe preguntarle si pensaría lo mismo que piensa de Azorín en el caso de haberse cumplido tal futurible ya que Salcedo parece juzgar a Azorín tomando pie en sus artículos de última y penúltima hora, literatura «tan similar a las consignas que llovían a diario en las redacciones de los periódicos». Si Ortega escribió respecto de la literatura azoriniana aquello de «primores de lo vulgar», el desmitificador Salcedo resuelve que «es arcaico el primor» y sólo queda lo vulgar que, por su cuenta, confunde con «lo trivial», añadiendo que esto «es el gran enemigo de la literatura, y para Azorín todo lo trivial es grande y hermoso». Salcedo remata su revisión polémica echando por la borda la labor de crítica literaria impresionista realizada por Azorín, que no fue otra cosa sino «un pretexto para ejercer una crónica de sociedad, aunque fuese la de las letras». De Azorín se pasa, en el remate del artículo de Emilio Salcedo, a los integrantes de la llamada generación del 98, nada más que unos pobres hombres: daltónicos —«en la visión de los problemas de su tiempo»—, reaccionarios —por asentarse «en la nostalgia de un imperio perdido»—, risibles casi —cuando se les ocurrió pedir «responsabilidades, regeneración y tabla rasa»—, despistados —por «refugiados en unas categorías estéticas»— y aldeanos —en cuanto especimen «de una cultura alicorta que nos era propuesta como la mejor»—. He aquí, ciertamente, una muy lograda

(27) Vida de Don Miguel. (Salamanca, Anaya, 1964).

(28) Entre Martínez Ruiz y «Azorín». Revisión polémica. (N.º 563: 14-VII-1973; pp. 30-33).

muestra de los extremos a que ha llegado el terrorismo crítico progresista, digno rival del ejercido entre nosotros tiempo atrás por la facción derechista más ignorante y malintencionada.

FINAL

Así ha sido el centenario de Azorín, en sus prolegómenos y en sus acontecimientos de 1973. No ha pasado desapercibido y tuvo su «cara» y su «cruz». Una meditación final ante el mismo podría ser la siguiente.

¿Es Azorín un escritor «recuperable» o es, por el contrario, algo irremediable y completamente fosilizado? Un escritor no equivale a toda su obra, máxime si ésta es extensa como lo fue la de Azorín; está, desde luego, en toda ella pero ha de juzgársele, de cara al futuro sobre todo, por la parte más notoria de la misma, y en el caso de Azorín hay títulos ya clásicos, unánimemente aceptados. Las tendencias y los gustos no siempre han de ir por los mismos caminos y por eso se producen en la república literaria caídas y revaloraciones, olvidos y apoteosis. Recordemos a Galdós, «el garbancero» para Valle-Inclán o para Antonio Espina, ¿dónde está, cómo se le mira desde hace años? No pretendo comparar a nadie con nadie pero aduzco caso tan claro para que sea tenido en cuenta por los iconoclastas de turno y por aquellos a quienes aflija penosamente su postura. La virtualidad de la obra azoriniana reside a mi ver, y entre otros aspectos, en la huella indeleble que ha dejado en nuestra prosa porque, después de Azorín, los que escriben español lo hacen, quiéranlo o no, sépanlo o no, de forma distinta a antes de Azorín. También, en razón de su uso de la sensibilidad que, en líneas generales, resulta valioso porque constituye poderosa y eficaz vía de acercamiento a muy varias realidades —los libros antiguos y modernos, el paisaje, las cosas, los viejos oficios, el tiempo, etc.— Por todo lo cual se aconseja dejarse de aseveraciones epatantes o politizadas para ir directamente, con ánimo limpio y ojos sin legañas, a la obra de Azorín, leerla, entenderla y comprenderle (29).

(29) Ya redactado este trabajo en su versión inicial llega la noticia del fallecimiento en Madrid —madrugada del 17 de enero de 1974— de doña Julia Guinda Urzanqui, Julia de Azorín, a quien le fue dado asistir, siempre callada y discreta, a la conmemoración centenaria de su esposo.